

LUIS PÁSARA

LA ILUSIÓN DE UN PAÍS DISTINTO

CAMBIAR EL PERÚ: DE UNA GENERACIÓN A OTRA

José ALVARADO JESÚS Diana ÁVILA

Capítulo 22

Alberto DE BELAUNDE Salvador DEL
SOLAR Fernando EGUREN Alberto
GONZALES Álvaro HENZLER Max
HERNÁNDEZ Indira HUILCA Natalia
IGUIÑIZ Jimena LEDGARD Vania MASÍAS
Farid MATUK Jaime MONTOYA UGARTE
Abelardo OQUENDO Cecilia OVIEDO
Tania PARIONA Fernando ROSPIGLIOSI
Gerardo SARAVIA Cecilia TOVAR
SAMANEZ Paloma VALDEAVELLANO
Victoria VILLANUEVA Joseph ZÁRATE

BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ
Centro Bibliográfico Nacional

985.004 I La ilusión de un país distinto: cambiar el Perú: de una generación a otra / [testimonios, Abelardo Oquendo, José Alvarado Jesús, Héctor Béjar ... et al.]; Luis Pásara, [entrevistas].-- 1a ed.-
- Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2017 (Lima: Tarea Asociación Gráfica Educativa).
396 p.; 24 cm.

Incluye referencias bibliográficas.
D.L. 2017-07453
ISBN 978-612-317-274-9

1. Realidad peruana - Siglo XXI 2. Intelectuales - Perú - Entrevistas 3. Celebridades - Perú - Entrevistas 4. Problemas sociales - Perú 5. Participación política - Perú 6. Perú - Política y gobierno - Siglo XXI 7. Perú - Condiciones sociales - Siglo XXI 8. Perú - Condiciones económicas - Siglo XXI I. Oquendo, Abelardo, 1930- II. Alvarado Jesús, José III. Béjar Rivera, Héctor, 1935- IV. Pásara, Luis, 1944- V. Pontificia Universidad Católica del Perú

BNP: 2017-1864

La ilusión de un país distinto
Cambiar el Perú: de una generación a otra
© Luis Pásara, 2017

© Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2017
Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú
feditor@pucp.edu.pe
www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

Diseño, diagramación, corrección de estilo
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: junio de 2017
Tiraje: 1000 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2017-07453
ISBN: 978-612-317-274-9
Registro del Proyecto Editorial: 31501361700693

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa
Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

GERARDO SARAVIA LÓPEZ DE CASTILLA

«HE APRENDIDO QUE EL PAÍS ES BASTANTE HETEROGÉNEO Y
QUE PARA COMPRENDER ESO NO NOS SIRVEN LOS MANUALES.
VIVIMOS EN UN PAÍS CON DIFERENTES IDENTIDADES;
ES UN PAÍS DIFÍCIL DE INTERPRETAR».

No sé desde cuándo uno puede decir que es consciente de las cosas. Uno recuerda más o menos a partir de los tres años, pero yo a partir de los seis años ya tenía la idea de que el mundo no estaba bien como estaba y debía ser cambiado. Y que, más o menos —no sé por qué—, debía estar entre los que cambiasen el mundo, los que apostasen.

Tengo una anécdota muy marcada y que fácilmente se puede saber cuándo fue. El gobierno de Morales Bermúdez hizo un desfile militar —que para mí era súper aburrido— y nosotros teníamos la casa de una tía, en la avenida Brasil, donde nos íbamos a la azotea y podíamos ver todo el desfile. No sé qué edad tendría en ese momento, pero —nací en 1972— fue antes de 1979. El desfile militar fue interrumpido por los profesores con una serie de consignas ¡en plena dictadura militar! Recuerdo: «Estos son / aquí están / los maestros del SUTEP» y también «Pinochet y Morales / los mismos criminales». Lo recuerdo claramente. En ese momento me pareció algo muy bonito, muy emotivo, debió ser que me sentí tan identificado porque mis padres son profesores. Pero en la casa donde estaba se armó una situación de pánico: de inmediato cerraron todas las ventanas, nos hicieron bajar de la azotea e hicieron que nos pusiéramos boca abajo. Mis tíos hablaban de que eran rojos, comunistas y una serie de valores negativos de la gente que marchaba. Pero en ese momento me sentí definitivamente identificado con ellos, me pareció muy bonito y quería estar dentro de la marcha, pero también me asusté un poco.

También tengo un recuerdo de algo muy temprano y es haber escrito que quería, en algún momento, formar un partido de obreros y campesinos. Habrá sido a los ocho años, bastante prematuro. Con el tiempo he intentado hacer un poco de arqueología para pensar cómo vino esto. Pensé que era por el lado de mis padres, pero no, no he tenido a mis padres hablándome de política, de ideología, metiéndome ideas, eso no es posible. En mi primera infancia, unas tías estaban en la universidad

—en San Marcos— y eran del UNIR, el partido de Horacio Zeballos. En algún momento, me han podido hablar de eso.

Pero casi tengo detectado cómo se inició y de dónde partió: de Víctor Jara, Violeta Parra y Quilapayún. Todos esos discos llegaron a mí, en algún momento. La mayoría de ellos no los compró mi padre sino que un amigo de mis padres murió y repartieron sus pertenencias entre un grupo de amistades y así llegaron a mi casa esos discos de música chilena. Después, mi padre compró otros, pero ese fue el primer lote que llegó y a mí me gustó mucho, me sentí muy identificado. Me encantaban Víctor Jara y Quilapayún: llegaba todos los días a mi casa, del colegio, y era casi como un ritual poner los discos de Quilapayún y de Víctor Jara. Tengo una hija que se llama Manuela Violeta y el Violeta es por Violeta Parra. Yo tenía entre ocho y diez años, y en algún momento mi padre me dijo que ya estaba un poco cansado, que variase de música. Y también recuerdo haber sacado el disco de Víctor Jara cuando sentía que mi padre entraba y poner el primer disco que encontré con diferente temática, para que no me fastidiase, para que cuando me encontrara dijera: «Ya está escuchando otra música». Haciendo memoria, a la conclusión que he llegado es que fue esa música, que me llevó a otro tipo de reflexiones. Recuerdo estar jugando, teatralizando eso y siendo el protagonista de La Cantata de Santa María de Iquique. Escuchaba a Víctor Jara y a Quilapayún, me encerraba en el baño y me ponía a cantar. Era mi mundo, que tenía que compatibilizar, de alguna manera, con la vida de afuera.

Por eso no imagino un momento en el que no creyera que se debía cambiar la sociedad. Podía ser prematuro en los temas, pero era un niño con mentalidad de niño. No es que haya sido de una inteligencia precoz. No, era un niño, solamente con contenidos distintos. Si un niño tenía dentro de su imaginario a Supermán, Los Super Amigos y todo eso, yo tenía en mi imaginario eso. Dentro de esta mentalidad de niño había gente buena y gente mala. La gente buena era la gente que quería el cambio, la gente de izquierda. Y la gente mala era la gente que no quería el cambio: acciopolulistas, apristas, pepecistas, todos ellos. En algún momento, mi madre me dijo: «Gerardo, la gente no se divide entre izquierda y derecha», porque hablaban de una persona y yo decía: «¿Es de izquierda o de derecha?». Y, en mi infancia, para mí esa era una valoración positiva o negativa.

En un momento de mi infancia se desarrolló una acumulación de conocimiento y también algo muy pasional, de mucho sentimiento, acerca de cuál es el sentido en el mundo, el sentido de derecha e izquierda, como la brújula. Yo mismo me fabriqué una brújula: dónde está el norte, el sur y dónde tengo que ubicarme. En mi adolescencia entraron otros elementos, que no reemplazaron mis contenidos sino que los enriquecieron: el existencialismo, las obras de Herman Hesse, otro tipo de música, como la salsa. Empecé a leer los periódicos y tenía también una clara identificación con los periódicos de izquierda.

No recuerdo alguien de quien pueda hablar como de un mentor, alguien a quien pueda haber seguido. Al margen de esas conversaciones que tuve con estas tías, no logro ubicar. Con mis padres tenía diferencias. Miradas distintas en el ámbito de la misma izquierda; aunque es verdad que he cogido de ellos determinadas cuestiones, he tenido una formación católica. Me he formado más bien en contienda con mis mayores cercanos. Sin duda he recibido influencia de mis padres, de mis tíos, pero lo que recuerdo es discrepar con ellos. Me acuerdo que en vacaciones, a fines de los años setenta y comienzos de los años noventa, nos íbamos a una playa, donde convivíamos con todos mis tíos, la mayoría de derecha y apristas; en esa época había un APRA muy claramente de derecha, porque ya había pasado la etapa auroral del partido. Discutía con ellos, pese a que era muy pequeño.

Una relación importante, que tiene que ver con mi vida interior, es el acercamiento con la persona que me cuidaba de niño cuando mi mamá no estaba. Era una persona muy pobre que estaba permanentemente conmigo y me quería como a un hijo. Sentía mucha empatía con esa persona que llorando me contaba sus problemas y sus dramas. Es una persona de Nazca —todavía vive— y era de derecha. La desigualdad en el terreno doméstico es algo que encuentras y es una de las cosas que más me rebela. La idea de la empleada al servicio, que no cumple una función determinada sino que hace todas las cosas que alguien debería hacer. Hasta ahora me rebela mucho y eso tiene que ver directamente con esa sensibilidad que tuve de niño. Esa relación está entre las cuestiones que fueron modelando mi pensamiento.

«TENÍA A SIMÓN **BOLÍVAR** COMO UN
REFERENTE: LA **UNIDAD** LATINOAMERICANA,
EL **SENTIMIENTO** LATINOAMERICANO,
EL SENTIMIENTO **ANTIIMPERIALISTA**
[...] VI A UN **BOLÍVAR ENFRENTADO**
A LAS **AUTORIDADES**, CON UNA IDEA DE
LIBERACIÓN QUE ME **IMPACTÓ**».

Me hice hincha del Alianza Lima, muy temprano. Y esta pasión por Alianza Lima tampoco estaba desconectada de este imaginario primigenio que tenía. Porque me gusta el fútbol y a Alianza lo relacionaba con un equipo del pueblo. Me gusta mucho la salsa y tampoco está desligado de lo otro. En mi adolescencia nunca me gustó el *rock* y en esa época toda mi generación, todos mis amigos del colegio eran *rockeros*, del *rock* en inglés. Un poco para dar la contra, era el único al que le gustaba la salsa.

Estudié en el San Felipe, en la época en que pretendía ser un colegio alternativo. Finalmente, los mejores recuerdos que tengo, además de mis amigos, son los de algunos profesores que siendo conservadores tenían mucha calidad personal, como mi querido profesor Tomás Saavedra. Me terminé peleando con uno que otro «alternativo» porque no me parecían coherentes.

Los valores de justicia y de igualdad los he ido formando yo mismo, en mi cabeza. En un primer momento tuve admiración por el Che Guevara y por todos los íconos revolucionarios, que eran personas muy queridas para mí. No tuve ningún héroe. En algún momento, fue el Che Guevara, pero estando en tercero de media me empecé a alejar de esa figura mítica, porque me pareció un poco... una pose, la pose del guerrillero barbudo, y me comenzó a disgustar. Jamás he tenido un polo del Che Guevara, por ejemplo. Siempre me alejé de ese tipo de íconos, pero sí mantuve la figura del guerrillero. Más que un hombre, la figura de un guerrillero era para mí una figura modélica, que valía la pena. En 1982 fue el Mundial de fútbol en España y yo tenía diez años. Mi papá nos llevó a la Feria del Hogar a comprar polos; cada quien tenía que elegir. Elegí el polo de la Unión Soviética. Esos eran los íconos que tenía.

No llegué a tener íconos cercanos, sino más bien íconos que estaban fuera del contacto personal. Dije antes que mi hija se llama Manuela Violeta y expliqué el origen de Violeta, pero no el de Manuela. Es por Manuelita Sáenz, por la figura icónica de Simón Bolívar. Mucho de lo que tengo respecto a la figura de Simón Bolívar es algo sentimental, más romántico, de la figura que he creado de él a partir de lo que he leído. Tenía a Simón Bolívar como un referente: la unidad latinoamericana, el sentimiento latinoamericano, el sentimiento antiimperialista; lo tenía bastante fuerte. Tendría doce o trece años cuando vi una miniserie venezolana, «Bolívar, el hombre de las dificultades», que me marcó porque quedé impactado con la figura de Bolívar, en todo aspecto. Ahora sé que estaba equivocado, pero fue una figura muy importante en mi niñez y adolescencia. Vi a un Bolívar enfrentado a las autoridades, con una idea de liberación que me impactó. Después empecé a tener como referentes los ideales marxistas de igualdad y socialismo.

No quisiera dejar de hablar de Ernesto de la Jara. Para mí es un ejemplo de consecuencia e integridad personal. Es lo más políticamente incorrecto dentro de lo políticamente correcto. Ernesto es un buscableitos, en el mejor sentido de la palabra. Actúa de acuerdo a sus convicciones y a veces sin medir las consecuencias. Como debe ser, ¿no? Su vehemencia es principista. Pero, ojo, no es este el concepto que tengo de todas las personas vinculadas a ONG o al movimiento de derechos humanos, en donde, la verdad, se encuentra de todo. A veces la ambición personal se disfraza de altruismo. Sin embargo, en el IDL he tenido la suerte de conocer a personas

coherentes y consecuentes con sus convicciones democráticas y la defensa de los sectores más vulnerables.

En la adolescencia entré a un tipo de lecturas más serias y yo me puse un poco más serio también. El *Manifiesto comunista* me pareció súper importante; así como *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, de Engels; *El Estado y la revolución* y *Tres fuentes y tres partes integrantes del marxismo*, de Lenin. Un manual de Georges Politzer me permitió tener claridad en el plano de la religión y hacer un deslinde. En narrativa *El tungsteno* fue un libro muy importante; también de Vallejo, *Paco Yunque*, que me pareció muy, muy triste. Autores como Hermann Hesse y Julio Ramón Ribeyro, y de Vasconcelos, *Mi planta de naranja lima*, que quizás ahora lo veo edulcorado, pero en ese momento me pareció muy importante por esa sensibilidad hacia lo pobre.

Tenía claro que iba a ir la universidad, iba a estudiar, seguramente me iba a afiliarse a un partido político y desde ahí iba a ayudar al cambio. No sabía en ese momento cómo mi proceso iba a romperse cuando me detienen. Cuando, después de nueve años de prisión, estoy nuevamente en circulación, empiezo a buscar insertarme en espacios donde pueda aportar algo.

Terminé Antropología, que ya había empezado a estudiar, y me decepciono un poco de la Antropología; la que conocí era posmoderna y yo no soy posmoderno —quizás soy premoderno— ni me siento vinculado a ese tipo de corrientes. También tuve contacto con la Antropología pura y dura —Lévi-Strauss, Malinowski—, con la que tampoco me sentía tan identificado. Ni con el estructuralismo, el estructural-funcionalismo. Finalmente, lo que en algún momento pensé que podía ser la Antropología —la investigación para elaborar conocimiento—, en el Perú es muy complicado hacerlo.

Me sentí más inclinado por el periodismo. Cuando pensé en dedicarme al periodismo fue para hacer visible ante la gente algunas cosas como no lo hacían los grandes medios de comunicación. Decidí hacerlo y felizmente tuve —y tengo— la oportunidad de estar en un lugar donde tengo libertad para hacerlo y donde tengo coincidencias fundamentales en valores y principios, y lo puedo hacer. Creo que eso era lo que me tocaba hacer en el plano profesional.

Siempre pensé en tener una familia, tener hijos y vincular la formación que tengo a la formación de mis hijos, en la práctica mi hija. Me encuentro con muchos amigos que dicen: «Tu hija, que sea lo que quiera, finalmente tiene todas las posibilidades». Siempre he desconfiado un poco de «lo que quiera», porque finalmente nunca es «lo que quiera». No existe el libre albedrío como tal. Si tú no intervienes —esto te puede sonar paternalista o autoritario—, pero si no intervienes y la orientas, otro lo va a hacer. ¿Y quién es ese otro? El mercado. Claro, «que sea lo que quiera»: televisión, modas, Star Wars,

lo dejas al mercado. Mi hija tiene tres años. No ve televisión e intento estar con ella en algunas actividades, acompañarla mucho. No es que quiera hacer un experimento con ella ni quiero convertirla en lo que yo no fui, porque he pasado muchas etapas malas y no quiero eso para mi hija. Pero sí darle una alternativa. Yo digo: «No puedo sustraerla del mercado, no puedo poner a mi hija en una bola de cristal, impermeable; pero sí le puedo dar elementos para que tenga una visión más crítica, o le puedo contar mi vida, o le puedo dar los elementos que a mí me entusiasman, para que vea».

«ME SIENTO DERROTADO.
NO ME SIENTO EQUIVOCADO
SINO QUE ME SIENTO DERROTADO.
UNO DE MIS GRANDES TEMORES
ES QUE, FINALMENTE,
NO HAYA VALIDO LA PENA».

La mía era la utopía de la igualdad, de vivir en un mundo donde todos seamos iguales, donde todos tengamos las mismas posibilidades: la igualdad económica, social y racial. Me formé con la idea de que el mundo no era justo; desde que tengo uso de razón tenía la idea de que el mundo donde estábamos no era un buen mundo porque había gente que era más poderosa que otra y eso no estaba bien, todos deberíamos ser iguales. Esto empató con el ideal político, comencé a pensar que el mundo debía ser igual y en algún momento lo creí posible, como tantas otras personas que en algún momento pensamos que esto era hacia donde debía ir la humanidad.

En un primer momento era un ideal, pero tenía un libreto. Era una utopía con libreto y después, con el paso de los años, el libreto se diluye, el camino que estaba trazado ya no existe. Y te sientes como un poco desfasado. Por eso, si quieres ponerme en algún lugar, ponme entre los derrotados. Me siento derrotado. No me siento feliz con esa derrota, pero me siento como alguien que asume su derrota. No me siento equivocado sino que me siento derrotado. Uno de mis grandes temores es que, finalmente, no haya valido la pena. Pero, por el momento, hasta donde he llegado, me siento derrotado en el pensar sobre este mundo.

Mi gran temor es dejar de entender el mundo. Cuando uno está formado en una sociedad en donde existían sueños colectivos, pero no solo eso sino que se pensaba que esos sueños eran posibles, existe la premisa de que entiendes al mundo, porque de otra manera no puedes pensar que tienes un camino. Renunciar a la posibilidad

de entender al mundo es terrible, al menos para mí, porque implica la desactivación de cualquier utopía. Imagínate lo que eso puede implicar en alguien que ha explicado el contenido de su existencia a través de la utopía. A veces eso es lo que siento: que he dejado de entender el mundo, cómo funciona.

No encuentro un hito sino que todo ha sido paulatino y me doy cuenta cuando se instala el paradigma neoliberal, cuando converso con la gente y veo que existe otro tipo de visiones. Cae el Muro de Berlín, se empieza a extinguir la militancia, se empiezan a esconder simbólicamente las banderas de la izquierda. El Partido Unificado Mariateguista se convierte en Partido Descentralista Democrático, lo que me parece un atentado contra el lenguaje: qué puede significar eso. Se esconden los símbolos y me doy cuenta de que el mundo está en otra y, por el momento, no hay espacio para este tipo de reflexiones. Al conversar con la gente me doy cuenta de que la gente tiene una perspectiva mucho más individualista; no existen los ideales colectivos. Ahora está esa visión de igualdad como igualdad de derechos, de oportunidades. Y la igualdad de oportunidades es un poco distinta a la otra igualdad. Ahora hay que intentar que todos tengan las mismas oportunidades, pero en un contexto en el que rige una economía de mercado y existe la plusvalía.

Antes se tenía un proyecto, pero luego se convirtió en utopía. La unipolaridad del mundo no solo implicó la globalización económica y de valores como la democracia y derechos humanos. En el paquete también entró el sentido común de no poder pensar en un mundo estructuralmente distinto al que conocemos. El «otro mundo es posible» se convirtió en un cliché, pero carente de convicción. Mucho se criticó a Fukuyama cuando habló del fin de la historia, pero ¿no es acaso ese nuevo sentido común?

No sé si es saludable o no, pero no me siento conforme. No es que me sienta mal; simplemente, si soy alguien que se considera dentro de la categoría de los derrotados, no puedo sentirme conforme. Para una persona que ha tenido una utopía de crear un mundo distinto o de ser parte de la creación de un mundo distinto, lo poco que uno puede hacer, es poco. Pensé que el mundo podía ser distinto y yo podía contribuir a eso; ahora sé que, de momento, desde donde estoy —o estando en cualquier otro lugar—, no es posible. El mundo ha cambiado. Soy consciente de que tengo que convivir con eso, interiormente, por supuesto. Tengo que convivir con el no sentirme conforme con lo que hago. Pero tampoco puedo hacer más. En este momento no pienso participar en un proyecto político; ninguna de las fuerzas políticas me convence.

Veo al Perú y veo algunas posibilidades, pero creo que ninguna de esas posibilidades es ni óptima ni viable; el Perú solamente podría ser un poco mejor. Para alguien que ha tenido una utopía, ese «un poco mejor» es difícil de aceptar, pero es que

además resulta imposible. Apostamos por muchos que podían hacerlo un poco mejor y creo que no lo han hecho. Lo que te queda es convivir con esa inconformidad que no es con la historia de mi vida sino con lo que nos ha llevado al país en el que estamos. Eso no me hace un amargado; más bien es un saludable reconocimiento de inconformidad. No soy una persona que te pueda decir: «Mira lo que hago; esto me parece genial». Siendo sinceros, creo que hago lo que puedo y sé que lo que puedo hacer y lo que hago es poco.

Lo más complicado es luchar contra el individualismo, contra este caudillismo que existe en el país, que hace que las personas no puedan sacrificar sus apetitos y ambiciones personales por proyectos que puedan valer la pena. Lo veo en todo lugar y en todo espacio: cuando se genera un proyecto, un colectivo o una organización, pasa poco tiempo para que se generen estos torpes apetitos que hacen que se petarden los proyectos. Se ve mucho en la izquierda, más que en la derecha, porque en la derecha hay una lógica mejor establecida, que es la lógica del mercado y la competitividad.

Este afán de protagonismo que tienen las personas puede ser un tema de la naturaleza humana, que en algunos contextos se logra encauzar y, en otros contextos —como el nuestro, donde existen algunos síntomas de anomia, de mucha anarquía—, se vuelve mucho más... Quizás por las diferencias: somos un país tan heterogéneo en todo aspecto y con muchas heridas y muchos complejos. Todo eso aflora en el momento de hacer algo y entre todos se comienzan a petardear. Tampoco es que conozca mucho otros contextos; lo hablo con las personas que conozco de otros lugares y por lo que uno conoce de la historia; en contextos como el peruano eso se expresa muchísimo más. No solo en el Perú, claro. Parece que es algo bastante propio de América Latina.

«LOS GRUPOS QUE ACTUABAN DE
MANERA CONSECUENTE CON SU
DISCURSO —SENDERO Y EL MRTA—,
FINALMENTE... FUE TERRIBLE PARA
EL PAÍS. PERO LO QUE VEÍA EN LA
IZQUIERDA CAUDILLESCA Y MUY DE
DOBLE DISCURSO, NO ME PARECÍA
CONFIABLE».

Nunca milité. Mis padres y mis hermanos militaron en algún momento en la izquierda, en el Movimiento de Afirmación Socialista, una agrupación conformada principalmente por católicos de izquierda donde estaban Henry Pease y Rolando Ames. No me sentía muy identificado con ese discurso, porque me parecía muy *light*. Cuando empecé a madurar, a los catorce o quince años, ninguna de las figuras de la izquierda me parecía totalmente atractiva. En el colegio San Felipe había muchos hijos de políticos, un ambiente bastante político y discutíamos bastante. Yo no veía que actuasen de manera consecuente. Lamentablemente, los grupos que actuaban de manera consecuente con su discurso —Sendero y el MRTA—, finalmente... todos hemos visto lo que pasó con el país, y ojalá que periodos como el que vivimos nunca más se vuelvan a repetir. Fue terrible para el país.

Pero lo que veía en la izquierda caudillesca y muy de doble discurso, no me parecía confiable. En ese momento no lo tenía claro, pero percibía que el sistema los iba comiendo y ellos seguían manteniendo un discurso que, en el fondo, ya no tenían. No eran consecuentes y priorizaban sus intereses personales; por eso no podían unirse. Yo tenía una visión muy romántica de lo que debía ser el hombre distinto; conocía a la izquierda tal cual, porque los tenía muy cerca, y no veía a ese hombre distinto.

En mi periodo más emocional, más irracional, bebí de un discurso muy de izquierda, muy radical. Era algo muy visceral de mi parte, porque era muy emotivo. Después ya viví un discurso de izquierda, pero más institucional, que no me llegaba a convencer. Y luego veía mucho una izquierda muy comodona. En el siguiente momento se tuvo una izquierda que buscaba alejarse totalmente de sus símbolos, de su ideología, sin hacer una interpretación o un autoanálisis de lo que había sido la izquierda, del rumbo que había tomado y por qué estaba así. No estoy en contra de la gente que cambia de ideas, tienen todo el derecho a hacerlo, pero debe interpretarlo, deben elaborar.

Cuando escucho que hay dirigentes de izquierda que te dicen que no tuvieron nada que ver con Sendero, que eran como el agua y el aceite, lo entiendo porque Sendero mató a sus dirigentes, pero muchos militantes de Sendero ¿de dónde salieron? Hay algunos que salieron de la nada, que la única izquierda que conocieron fue Sendero. Pero hay otros que tuvieron una militancia de izquierda y después pasaron a militar a Sendero. Es evidente que ahí hay algo que no se ha procesado. Entiendo que ante los medios de comunicación es difícil hacerlo y por eso no tengo un discurso condenatorio, pero sí me parece que es un proceso que deberían hacer, para que tengan una reflexión mucho más profunda, mucho más coherente.

He aprendido que el país es bastante heterogéneo y que para comprender eso no nos sirven los manuales. Vivimos en un país con diferentes identidades; es un país difícil de interpretar. Creo que desde la izquierda no se supo ver esta diversidad.

Uno de los problemas que se ha tenido en la izquierda es haber pensado que si la realidad no estaba de acuerdo con lo que nosotros pensábamos, la culpa era de la realidad y no de lo que nosotros pensábamos. Eso ha habido en una parte de mi generación. Por otra parte, he aprendido que la gente se mueve por las cuestiones más elementales, de salud y alimentación, de pensar en lo mejor para nuestra familia. Para esto no sirven fórmulas que podamos imaginar.

En términos personales he aprendido que es necesario ser más cauto, porque a veces, sobre todo en la juventud, uno pensaba que lo comprendía todo; creías tener una comprensión. Después te das cuenta de que, en realidad, más bien uno debería dejar ese proyecto tan grande de intentar comprenderlo todo, porque no todo se puede comprender. Pensar que puedes comprenderlo todo lleva a hacer interpretaciones muy macro, muy grandes y puede llevarte a chocar con la realidad.

Comprender que somos un país muy diverso y que el ser humano es muy complejo hace que me duela mucho que juzguemos. Todos nos hemos vuelto jueces implacables del pasado. Interesa esa experiencia de Hannah Arendt, cuando ve los juicios de Nuremberg y ella, como judía, debía tener una posición muy clara respecto al señor que estaban juzgando y dice: «No veo perversión, veo banalidad, veo a una persona que no ha sido capaz de elaborar un pensamiento crítico, una persona que es experta en obedecer y ha sido cegada por un sistema bastante vertical». Creo que deberíamos tener un aprendizaje y una mirada de ese tipo, porque estamos repitiendo el mismo error de condenar. Si pudiéramos tomar una promoción de San Marcos hoy —con los chicos que están con su iphone y otras cosas—, con diferentes motivaciones y los pusiéramos a estudiar en 1980, quizás un treinta por ciento de esos chicos se irían fácilmente por una opción armada. Estos chicos seguramente hoy se horrorizan al ver las noticias y tienen mucho odio o mucho temor en relación con lo que les han enseñado del pasado, o lo ven como algo absolutamente lejano. Pero quizás treinta por ciento de ellos estaría en eso, porque no es que ha habido un gen de la violencia. En prisión he conocido a seres humanos verdaderamente comunes y corrientes: gente buena, gente mala, gente regular.

La experiencia que tengo con los jóvenes es que cuando a alguien le brindas otro tipo de elementos, le das otro tipo de escenario, le amplías el panorama, lo sacas de su burbuja y —no es que lo haces razonar porque eso suena muy autoritario— lo invitas a que haga su propia reflexión, con otro tipo de estímulos, creo que la gente sí llega a responder. Pero vivimos en un contexto en el que, si antes hablábamos de alienación de los contenidos, ahora los mismos medios te absorben. Leí la carta de un profesor uruguayo que renunciaba a la docencia porque el celular había podido con él; renunciaba porque no podía quitar el celular a los chicos ni podía hacer que los chicos

dejen el celular, que era imposible. Tienes a chicos bastante dispersos, pero cuando logras mostrarles que existe una realidad muy distinta a la de ellos...

En diferentes lados veo a gente muy encerrada en su propio mundo, lo que es distinto a lo que veía en mi época. Uno conocía, hasta geográficamente, otro tipo de realidades; podías irte al centro de Lima con dieciséis o diecisiete años. Ahora encuentras a un chico de Los Olivos que no conoce el centro de Lima, por no decirte una chica de Miraflores. Encuentras chicos de distritos emergentes que tampoco salen de su propio círculo. Cuando dices que viven en su burbuja, es cierto.

No creo que la posguerra haya significado la construcción de un mejor país y lo que me preocupa es que en el país se inocular odio, que se transmite por los medios de comunicación, por los políticos y el liberalismo de algunos se acaba en ciertas reivindicaciones de libertades. El presidente dice que hay que pasar la página, pero eso no es verdad: la derecha pone el guion y la izquierda lo repite sin ninguna reflexión interior. Sería ideal que exista la reconciliación nacional, que es necesaria, pero veo que se utiliza mucho el tema de la guerra interna para legitimar las estructuras de una sociedad que en el pasado hizo agua y que ahora se sostiene en un soporte económico que puede acabar cuando se termine la bonanza. No obstante, cuando converso con los jóvenes no siento el odio. Creo que la gente está mucho más dispuesta a entenderse, como en la práctica lo hacen en algunos lugares de la sierra, más de lo que se cree desde el discurso oficial, que es muy peligroso.

Finalmente, en este libro me siento más identificado con el primer grupo que con el segundo. Y si tienes gente de ochenta o noventa años, me podrías incluir fácilmente en el grupo de ellos, creo yo. Me sigo sintiendo como con las maletas hechas porque no me siento plenamente identificado con lo que se podría considerar las modernas utopías.